

Mensaje cinco

**El vivir del Dios-hombre**

Lectura bíblica: Lv. 1:3, 9; 6:8-13; Jn. 21:15-17;  
1 Jn. 3:14; 5:1; 2:6; 4:17; Gá. 6:2-3; Ro. 8:2

**I. El deseo del corazón de Dios es que “la realidad [...] en Jesús” (Ef. 4:21) —la condición real del vivir del Dios-hombre que llevó Jesús según se describe en los cuatro Evangelios— sea duplicada en los muchos miembros del Cuerpo de Cristo por el Espíritu de realidad a fin de que llegue a ser la realidad del Cuerpo de Cristo, la cumbre más elevada en la economía de Dios (vs. 20-24):**

- A. Los cuatro Evangelios muestran el modelo de la vida que Dios desea, el molde de la vida que puede satisfacer a Dios y cumplir Su propósito; Jesús llevó una vida en la cual Él hacía todo en Dios, con Dios y para Dios; Dios estaba en Su vivir, y Él era uno con Dios; esto es lo que significa *la realidad que está en Jesús*; aprender a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús equivale a ser moldeados en el modelo de Cristo, esto es, ser hechos conformes a la imagen de Cristo—Ro. 8:28-29; Ef. 4:20-21.
- B. Estamos siendo perfeccionados por el Señor para ser Dios-hombres que llevan la vida divina al negarnos a nuestra vida natural conforme al modelo de Cristo, el primer Dios-hombre—Mt. 11:29a; 17:5b; 1 P. 2:21:
  - 1. La vida que Él llevó sobre la tierra nos dejó un modelo, según es revelado en los cuatro Evangelios; después, Él fue crucificado y resucitado para llegar a ser el Espíritu vivificante a fin de entrar en nosotros para ser nuestra vida; aprendemos de Él según Su ejemplo, no por nuestra vida natural, sino por Él mismo como nuestra vida en resurrección—1 Co. 15:45; Col. 3:4.
  - 2. Nuestra vida cristiana es una vida en Cristo y también una vida de Cristo en nosotros; estamos en Cristo, quien es el molde, y Él está en nosotros como nuestra vida; de esta manera aprendemos a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús; esta realidad es la realidad del Cuerpo de Cristo—1 Co. 1:30; 2 Co. 5:17; 12:2a; Col. 1:27; Gá. 2:20; Ro. 8:10.
- C. A medida que amamos al Señor, tenemos contacto con Él y oramos a Él, automáticamente lo vivimos conforme al molde, la forma, el patrón, descrito en los Evangelios; de esta manera somos moldeados, conformados, a la imagen de este molde: esto es lo que significa aprender a Cristo—Mt. 11:29; Ro. 8:29.

Mensaje cinco (continuación)

- D. Cuando vivimos en el espíritu mezclado, estamos aprendiendo a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús por el Espíritu de realidad; aprendemos de Él como nuestro modelo de modo que Su biografía llega a ser nuestra historia; el vivir del Cuerpo de Cristo como nuevo hombre debería ser exactamente igual al vivir que Jesús llevó revelado en los Evangelios—Gá. 6:17-18; Ro. 1:1, 9; Ef. 4:20-24; Fil. 2:5; Mt. 11:29; 1 P. 2:21.
- E. El propósito de Dios al enviar al Señor Jesús para que fuera un hombre consistía en que Él llevara la vida de un Dios-hombre por la vida divina; cuando lo comemos a Él, vivimos por causa de Él para llegar a ser un gran hombre universal que es exactamente igual a Él: un hombre que lleva la vida de un Dios-hombre por la vida divina—Lm. 3:22-24, 55-56; Ap. 2:4, 7; Jn. 6:57, 63; Jer. 15:16; Ef. 6:17-18; Sal. 119:15.

**II. La única vida que agrada a Dios es aquella que es una repetición de la vida que Cristo llevó en la tierra; ésta es una vida que experimenta a Cristo en Sus experiencias como holocausto—Lv. 1:9; Jn. 8:29; 2 Co. 5:9:**

- A. El holocausto tipifica a Cristo como Aquel que lleva una vida de absoluta entrega a Dios y para Su satisfacción; el holocausto también tipifica a Cristo como Aquel que es la vida que capacita al pueblo de Dios para que tenga tal vivir—Lv. 1:3; Nm. 28:2-3; Jn. 5:30; 6:38; 8:29; He. 10:5-10.
- B. La palabra traducida “holocausto” denota algo que asciende; esto que asciende se refiere a Cristo (Lv. 1:3, 10, 14); lo único que puede ascender desde la tierra a Dios es la vida que Cristo llevó, pues Él es la única persona que lleva una vida de absoluta entrega a Dios (Jn. 6:38).
- C. El holocausto era un “aroma que satisface a Jehová” (Lv. 1:9); las palabras hebreas traducidas “aroma que satisface” significan literalmente “olor de reposo o satisfacción”; el aroma que satisface es un olor que trae satisfacción, paz y reposo; tal aroma que satisface es un disfrute para Dios.
- D. Al poner nuestras manos sobre Cristo como nuestro holocausto mediante la oración apropiada, somos unidos a Él, y Él y nosotros llegamos a ser uno; mientras Cristo vive en nosotros, Él repite en nosotros la vida que llevó en la tierra, la vida de holocausto—v. 4; 1 Co. 6:17; Gá. 2:20.

## BOSQUEJOS DEL ENTRENAMIENTO

### Mensaje cinco (continuación)

- E. En tal unión, tal identificación, todas nuestras debilidades, defectos y faltas son llevados por Él—2 Co. 5:21; Gá. 2:20a.
- F. Debemos permitir que el Señor nos queme de modo que seamos un holocausto continuo que quema a otros y seamos reducidos a cenizas a fin de llegar a ser la Nueva Jerusalén para la expresión de Dios—Sal. 20:3; Lv. 1:16; 6:8-13; 1 Co. 3:12a; Ap. 3:12; 21:2, 10-11, 18-21:
  - 1. Las cenizas representan al Cristo que ha sido reducido a nada; puesto que somos uno con el Cristo que ha sido reducido a cenizas, nosotros también somos reducidos a cenizas, es decir, somos reducidos a nada, a cero—Mr. 9:12; Is. 53:3; 1 Co. 1:28; 2 Co. 12:11.
  - 2. Cuanto más nos identifiquemos con Cristo en Su muerte, más comprenderemos que hemos llegado a ser un montón de cenizas; cuando llegamos a ser cenizas, ya no somos personas naturales; en lugar de ello, somos personas que han sido crucificadas, aniquiladas, quemadas—Gá. 2:20a.
- G. Colocar las cenizas hacia el oriente del altar, el lado de la salida del sol, hace alusión a la resurrección—Lv. 1:16; Jn. 11:25; Fil. 3:10-11; 2 Co. 1:9:
  - 1. En relación con Cristo como holocausto, las cenizas no son el fin, sino que son el comienzo; las cenizas significan que a Cristo se le ha dado muerte, pero el oriente representa la resurrección—Mr. 9:31.
  - 2. Cuanto más seamos reducidos a cenizas en Cristo, más seremos puestos hacia el oriente, y en el oriente tendremos la certeza de que el sol se levantará y que experimentaremos el amanecer de la resurrección—Fil. 3:10-11.
- H. Finalmente, las cenizas llegarán a ser la Nueva Jerusalén—Ap. 3:12; 21:2, 10-11:
  - 1. La muerte de Cristo nos lleva a nuestro fin, nos reduce a cenizas, y en resurrección las cenizas llegan a ser materiales preciosos para el edificio de Dios—1 Co. 3:9b, 12a.
  - 2. Cuando somos reducidos a cenizas, somos conducidos a la transformación que el Dios Triuno efectúa a fin de que lleguemos a ser los materiales preciosos para la edificación de la Nueva Jerusalén—Ro. 12:1-2; 2 Co. 3:18; Ap. 21:18-21.

Mensaje cinco (continuación)

**III. Al llevar a cabo el ministerio neotestamentario de Dios, el Señor Jesús como realidad del holocausto no hizo nada procedente de Sí mismo (Jn. 5:19), no llevó a cabo Su propia obra (4:34; 17:4), no habló Su propia palabra (14:10, 24), lo hizo todo no por Su propia voluntad (5:30) y no buscó Su propia gloria (7:18); Él nunca estaba decepcionado, pues estaba satisfecho únicamente con Dios (Is. 42:4; 50:4-5; 53:2a; cfr. Jn. 4:13-14; 6:15; Mr. 9:7-8):**

- A. La vida que llevó el Señor era Su obra, Su mover y Su ministerio; Su obra era Su vivir, y Su mover era Su propio ser; con respecto a Él no había ninguna diferencia entre Su vida, Su obra, Su mover y Su ministerio; el Señor Jesús vivió Su ministerio—cfr. Lc. 22:26-27; Jn. 10:10b; 1 Co. 15:45; 1 Jn. 5:16a; 2 Co. 3:6; Fil. 1:25.
- B. El Señor Jesús era un hombre de oración, quien era uno con Dios, vivía en la presencia de Dios incesantemente, confiaba en Dios y no en Sí mismo al estar bajo cualquier clase de padecimiento y persecución, y alguien en quien Satanás, el príncipe de este mundo, no tenía nada (ningún terreno, ninguna esperanza, ninguna oportunidad ni ninguna posibilidad alguna en nada)—Jn. 10:30; 8:29; 14:30b; 16:32-33; 1 P. 2:23:
  - 1. Él era un hombre en la carne, que oraba al Dios misterioso en la esfera divina y mística; a menudo Él iba al monte o se apartaba a un lugar privado para orar—Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:28.
  - 2. Él nunca estaba solo, sino que el Padre estaba con Él; en cada momento Él veía la faz de Su padre—Jn. 5:19; 16:32; Sal. 16:7-8.
- C. Cuando Cristo como Salvador-Dios quiso salvar a una mujer inmoral de Samaria, tuvo que viajar de Judea a Galilea por Samaria, tomó un desvío del camino principal de Samaria hacia una ciudad llamada Sicar y esperó junto al pozo de Jacob —que estaba cerca de Sicar— a que viniera Su objeto a fin de cuidar de ella con ternura, pidiéndole que le diera algo de beber para poder nutrirla con el agua de vida, que es el propio Dios Triuno que fluye—Jn. 4:3-14.
- D. Cuando ninguno de los fariseos que acusaban a la mujer adúltera pudo condenarla, Cristo como Salvador-Dios, en Su humanidad,

Mensaje cinco (continuación)

le dijo a ella: “Ni Yo te condeno”, cuidándola con ternura para que Él, como gran Yo Soy, pudiera nutrirla libertándola del pecado y capacitarla para que no pecara más—8:3-11, 24, 34-36.

**IV. Cuando permanecemos en el amor que es Dios mismo, el amor se ha perfeccionado en nosotros, para “que tengamos confianza en el día del juicio; pues como Él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Jn. 4:17): Cristo, la realidad del holocausto, llevó en este mundo una vida de Dios como amor, y Él ahora es nuestra vida para que podamos llevar la misma vida de amor en este mundo y ser iguales a Él (3:14; 5:1; 2:6):**

- A. La ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu es la ley de Cristo como ley de amor (Ro. 8:2; Gá. 6:2-3); la ley del Espíritu de vida debe dar sustantividad a la ley de amor, de manera que podamos sobrellevar las cargas los unos de los otros; pero si estamos llenos de orgullo, seremos incapaces de sobrellevar las cargas de otros debido a que nos engañamos a nosotros mismos al pensar que somos algo cuando no somos nada (v. 3).
- B. Cuando la ley de amor se active en nuestro interior, automática y espontáneamente seremos pastores que poseen el corazón amoroso y perdonador de nuestro Padre Dios y el espíritu que pastorea y busca de nuestro Salvador Cristo—Jn. 21:15-17; Lc. 15:3-7.
- C. Cuando la ley de amor se activa en nuestro interior, nuestra labor en el Señor es una labor de amor (1 Co. 15:58; 1 Ts. 1:3), en la cual “[apoyamos] a los débiles” (Hch. 20:35, lit.) y “[sostenemos] a los débiles” (1 Ts. 5:14); la frase *los débiles* se refiere a aquellos que son débiles ya sea en su espíritu, en su alma o en su cuerpo, o que son débiles en la fe (Ro. 14:1; 15:1).
- D. Después de Su resurrección, el Señor pastoreó a Pedro y lo comisionó a que apacentara Sus corderos y pastoreara Sus ovejas; en esto consiste incorporar el ministerio apostólico al ministerio celestial de Cristo a fin de cuidar del rebaño de Dios, la iglesia, que tiene por resultado la edificación del Cuerpo de Cristo, el cual alcanzará su consumación en la Nueva Jerusalén para la realización de la economía eterna de Dios—Jn. 21:15-17.